

Antonio Roldán, poeta lucentino

Poemas publicados en el Decenario Producción



CONTENIDO

Y se marchó junto al mar	3
Una pena en un romance	4
Viernes.....	5
Mantillas y saetas	7
Saetas	8
Jesús bendice a los presos	9
Perico el gitano.....	10
Mi guitarra y mi poesía.....	12
Farolillo de su calle	13
Lluvia de Estrellas	15
La Cooperativa canta un romance.....	16
Hasta en Belén hizo trato	18
Ya vienen los Reyes	22
Cerro de Santa María.....	24
Un chavalillo en la Ermita	25
Esa cruz.....	29
Bautizo gitano.....	30
La Virgen y el manijero	33
Atardecer	34
A los que en el cielo malagueño levantaron un altar	35
Las manos de mi esposa	36
Una copla en el camino	38
Se lo llevó la corriente	40
Cada uno cuenta la feria.....	42
En la Cruz de la Barrera.....	50
A Simona.....	52
El Cieguecito del Valle	55
Cuna vacía.....	57
DIOS LA QUISO PARA ÉL	59

Y SE MARCHÓ JUNTO AL MAR

Ya está Lucena llorando
y no cesa de llorar,
que la perla que tenía
se ha marchado junto al mar.
En la quietud de sus campos
ya no ríe el olivar,
ni al cruzar por sus caminos
se oye el eco de un cantar.
Y enmudecen las guitarras,
y en su lecho de cristal
no murmura el arroyuelo,
igual que al verla pasar.
Y ni brillan los velones,
como debieran brillar,
porque ya no se refleja
su carita en el metal.
Una tacita de plata,
digno estuche a joya tal,
dicen que guarda la perla,
que al acabar de cuajar,
se fue destilando amores
porque también supo amar.
Tacita, taza de plata:
Tú que allá junto a la mar
escondes perla tan fina,
cuida, si sabes cuidar,
de una perla de tal precio,
de esta joya sin igual,
que porque se fue contigo
yo vi a Lucena llorar.

Número 3 - Enero de 1953

UNA PENA EN UN ROMANCE

Tú pasas una y mil veces,
pero pasas sin mirarlo.
Tal vez nunca pensarías
que es también un ser humano
el que en la estrecha calleja
extiende al viento su mano
para coger la limosna...
o recoger desengaños.
Pero hoy lucentino
vas a detener tu paso
y vas a ver frente a frente
aquél de quien yo te hablo.
Este ser, que aquí en la umbría
está lo mismo que un clavo
implorando caridad,
es "Belén" nuestro paisano.
Dentro de su cuerpo inmóvil
existe un corazón sano
que palpita y aletea
y quiere salir volando.
Sus más grandes alegría
serían tener un carro
ligero como las plumas,
igual que un niño de blando,
y dejar las tablas duras
que lo van martirizando.
El le prometió a la Virgen,
quién sabe si fue llorando,
que a la ermita subiría
cuando tuviera su carro,
a encenderle varias luces...
pero con su propia mano.

De la caridad de todos
depende que haga su encargo.
Ayúdale lucentino.
¡La Virgen lo está esperando!

Número 9 - Marzo de 1953

VIERNES

La madrugada se viste
con los colores del lirio.
La luna con mil luceros
va reflejando el camino
por donde irá el Nazareno
apurando su destino.

Llegad, hermanos, llegad,
encended ya vuestros cirios,
que la luna palidece
viendo padecer a Cristo.

De arriba, del campanario,
van cayendo los tañidos
que desgrana la campana.
Corre un murmullo ¡Las cinco!

Un viva, largo, sonoro,
envuelto en un solo grito.
Un preludio de saeta.
La saeta es un gemido
que apuñala la mañana
cual puñal de doble filo.

"Señor te van injuriando

sin haber dado motivo.
Dejadme llevar tu Cruz
y que padezca contigo".

La mañana se estremece
con temblor de escalofrío.
Oh, Judas, que malo fuiste.
Pronto vendrá tu castigo.
Cada paso es un dolor.
Cada piedra es un suplicio.

¡Señor, Señor, no comprendo
cómo puedes Tú sufrirlo!
De cada gota de sangre
brotó la flor de un espino.

Flores son de las espinas
que en su frente le han prendido.
Sobre el calor de las calles
pena y dolor se han fundido
y salta nueva saeta
de algún lugar escondido.

"Golondrina, golondrina:
deja el calor de tu nido
y arráncale las espinas
que en su frente han florecido"

...

De luto viste la tarde
y se deshojan los lirios.
Callad, hermanos, callad,
callaros que ha muerto Cristo.

Por un sendero de llanto
sigue la Madre a su Hijo,
y a cada lágrima suya
rueda en la tierra un gemido.

¿Por dónde te fuiste, Judas?
¿En qué lugar escondido
estás quemando tus manos
con el dinero maldito?

Nuevamente la saeta
rasga con su agudo filo
la tristeza de la tarde.

Cuaja en la brisa un suspiro
y envuelto en olor de cera
se queda el Pueblo dormido.

Número 10 - Abril de 1953

MANTILLAS Y SAETAS

Jueves Santo. Atardecer.
Una luz que ya no brilla.
Una sombra de mantilla
sobre un rostro de mujer.
Una pena y un dolor
que la saeta se lleva.
Un perfume que se eleva
de los tallos de una flor.
Unos pétalos de rosa

tras un reflejo de luz.
Un Cristo muerto en la Cruz
y una Mártir Dolorosa.
Un girón de la mantilla
que se enreda en la saeta.
Una lágrima, que inquieta,
va surcando en la mejilla.
Y va escondiendo Lucena
en su tarde de dolor,
tras la mantilla, la flor,
y tras la copla, la pena.

Número 10 - Abril de 1953

SAETAS

Manijero, manijero,
que derramas tu sudor:
no camines tan ligero
que llevas muerto al Cordero
que murió por nuestro amor.

Aquel Cordero Divino
llevan a su sepultura
y pensando en su amargura
llora el pueblo lucentino.

Llorad, cristianos, llorad
que Cristo murió en la Cruz
y en un sepulcro de luz
ya lo llevan a enterrar.

Número 10 - Abril de 1953

JESÚS BENDICE A LOS PRESOS

La plaza se va llenando
con un perfume de incienso.
El murmullo del gentío,
que más que murmullo es rezo,
se va filtrando en la cárcel
donde van formando cerco
los centenares de hermanos
que a Jesús vienen siguiendo.
Con el alma dolorida
los presos hablan por dentro.
- Ya poco tarda Jesús.
- Poco tarda, compañero.
Y aquellos hombres se incrustan
contra el frío de los hierros.
Destrozado por la Cruz
llega un Jesús casi muerto.
¡Padre mío, tu perdón!
¡Tu bendición, Nazareno!
Y abriendo Jesús los brazos
los perdona bendiciendo.
En el momento sublime
en que se paró hasta el viento,
una saeta se fragua
en la garganta de un preso.
"Estoy cumpliendo condena
y me guarda un carcelero.
Rompe, Señor, mi cadena,
que ya bastante es mi pena
con no ser tu manijero"
Los corazones más duros
se reblandecen por dentro.
Y mientras Jesús camina

arrastrando su tormento,
agarrado al hierro frío
un hombre llora en silencio.
¡Qué pena, pena más grande,
en Viernes Santo estar preso!

Número 10 - Abril de 1953

PERICO EL GITANO

Gitano, gitano viejo.
Feo, negruzco, con pecas:
Tu cuerpo rechiquitín
un alma de artista encierra.
Sin saber cómo ni cuándo,
entre guiñapos y greñas,
entre pellizcos de hambre
y rascabinas inciertas,
te enseñaron la guitarra
Y no te enseñaron letras.
Fuiste príncipe del toque,
según los antiguos cuentan,
y entre torrentes del vino
que se derrama en las juergas,
fuiste guión de alegría
cuando en tus manos las cuerdas
desgranaban fandanguillos...
bulerías, peteneras...
y tal vez algunas veces,
con un amargor de penas
que te minaban por dentro,
y que guardabas secretas,

salpicaduras de odio
escupieron tus falsetas.
Gitano, gitano viejo:
¿Qué fue de la zambra aquella
en que tus manos hablaban
acariciando las cuerdas?
Yo sé que tú estás llorando,
aunque bien no lo demuestras.
y lloras porque pasaron
aquellos tiempos de juergas
en que príncipes del toque
fueron tus manos maestras.
En el fondo de tu alma
quizás un recuerdo queda
del reír de una gitana
y un rumor de castañuelas.
Gitano, gitano viejo:
Al tris tras de tus tijeras
canturreas muy bajito
aquellas tuyas falsetas,
y no es la prima quien llora
ni es el bordón quien se queja
acompañando tu canto.
Ahora quien llora es tu pena
y quien se queja... los años
que destemplaron tus cuerdas.
En los tratos te emborrachas
y de taberna en taberna,
entre copas de aguardiente
que te entorpecen la lengua,
sueñas frases de amargura
que creó tu borrachera:
-Ya no tienen paladar
los brotes de ramas viejas.

El toque de aquellos días,
que fue sentimiento y pena...
Aquel cante de Chacón.
quien bordó la malagueña...
fueron cosas que pasaron
y que ya la gente nueva
ni entenderá, ni comprende
y ni al corazón les llegan."
Sigue, gitano cantando
al tris tras de tus tijeras.
Sigue rimando entre dientes
aquellas tuyas falsetas.
Cántalas para ti solo,
sin que el viento las extienda,
porque tú mismo decías
cuando aquellas borracheras...
¡Ya no tienen paladar
los brotes de ramas viejas!
Número 13 - Mayo de 1953

MI GUITARRA Y MI POESÍA

*A mi buen amigo, Julián Cantero,
con mi más sincero afecto.*

Quiero, guitarra, que me des tus sonos,
para darle más vida a mi poesía.
De tu prima me das la melodía
y el lamento me das de tus bordones.

Yo he de darte la flor de las canciones
que en mi mente forjó la fantasía,
y he de darte la loca algarabía

de mis versos cuajados de ilusiones.

Yo he de hablarte de místicos amores
del tímido jazmín con la violeta.

He de hablarte de luces y colores,

de pena y de dolor, de brisa inquieta,
y a cambio de tus cánticos mejores,
yo he de darte mi alma de poeta.

Número 14 - Mayo de 1953

FAROLILLO DE SU CALLE

*Orgullosa de poseer su amistad, dedico este insignificante
trabajo a Miguel Molina, ese Miguel Molina que escondido
tras de su modestia, nos deleita con el perfume de su
excelente prosa.*

Farolillo que alumbraba
la faz de la Virgen madre
y ahora sigues alumbrando
aquel rincón de su calle:

¿Desde cuándo no la viste?
¿Por dónde se fue la Carmen
que ya no alientan sus coplas
ni palpitan sus romances?

Yo bien sé que desde un día
sigue su camino errante
en busca de aquel poeta,
que al terminar de una tarde,
quiso cantarle a la muerte

y la muerte fue a buscarle.

El poeta que escribía
para ella los cantares
que en su garganta fundía
y desgranaban los aires.

Yo sé que dejó en olvido
su pañolito de talle
y se dejó las tres rosas
color de la misma sangre,
que se abrieron cierto día
con el calor de su carne.

Si pasara, farolillo,
si sintieras sus andares,
apaga tu llama triste
y deja sin luz la calle.

¡Que no la vean llorando!
¡Que no lo moleste nadie,
porque lleva el alma herida
por una pena muy grande!

Número 21 - Julio de 1953

LLUVIA DE ESTRELLAS

Con brillo de grandes fiestas
y un cesto de mimbre blanco,
va derramando la Luna
estrellitas por el llano.

El Niño las va cogiendo,
el Niño las va guardando
mientras su Madre sonríe
con risa de guinda y nardo.

Los estrellas más bonitas
el Niño va separando.

-Toma, Madre, más estrellas
para que bordes tu manto.

Más tarde, dice la Luna,
quiere darme de regalo
un lucero de cien puntas
con cien reflejos dorados.

Un beso estalla en el aire,
un beso rueda en el llano
y en la flor de una sonrisa
se queda el beso cuajado.

-¡Corre, mi Niño, que vienen
por el campo los gitanos!

¡Corre y guarda tu lucero
de los reflejos dorados!

Color de flor de azucena
tiene el chiquillo al mirarlo.

y sangran las amapolas,
y palidecen los nardos

y una estrella se detiene
sobre la copa de un árbol.

-¡No corras churumbelillo!
No corras, que los gitanos

en vez de quitar los tuyos
quieren darte más regalos.
-Toma mis tres cascabeles.
-Toma mi pañuelo blanco.
-Como no tengo otra cosa...
toma el coral de mis labios.
En el polvo del camino
se perdieron los gitanos.
Ya no sangra la amapola
ni palidecen los nardos.
Con su brillo de gran fiesta
y un cesto de mimbre blanco,
sigue tirando la Luna
estrellitas por el llano.

Número 31 - Noviembre de 1953

LA COOPERATIVA CANTA UN ROMANCE

Ya que llegas a mi puerta
pasa y mira, forastero.
No te detenga el temor
de que te pongan mal gesto,
que para ti siempre tienen
aquí los brazos abiertos
No te dé miedo el ruido
que nos llega de allá dentro.
Son las coronas dentadas.
Son los motores rugiendo.
Son el gemir de poleas
que están haciendo un esfuerzo.
Son las risas, son cantares

que lanzan los molineros,
en tanto que van las prensas
con paso cansino y lento
soltando el oro fundido,
fruto e tantos desvelos.
Pasa y verás por los patios
el continuo movimiento
de productores que llegan
con fruto limpio y selecto.
Mira los trojes bosando.
Mira como los empiedros
lo trituran sin descanso.
Mira el aceite corriendo
buscando al fin su reposo
en los cilindros de hierro.
Todo lo que estás mirando
todo eso que estás viendo,
es el final de una lucha,
es el fruto de un esfuerzo
de aquellos que por crearme
trabajaron con empeño.
Cuando pises otras tierras
cuando cruces otros pueblos,
cuéntales lo que aquí viste,
y ponme siempre de ejemplo.
Mas si a Lucena regresas,
y te llevas buen recuerdo,
cuando pases por mi puerta,
entra, entra, forastero.

Número 33 - Noviembre de 1953

HASTA EN BELÉN HIZO TRATO

Ya van los gitanos
cruzando la sierra.
Manolillo es él.
Gabrielilla es ella.
Como güen gitano
de raza selecta,
él lleva la burra
montao en la trasera.
Detrás, paso a paso,
lo sigue Gabriela.
Van a ver a un Niño
que en la Noche Güena
se escapó del cielo
montao en una estrella
pa vé si arreglaba
la gente en la tierra.
Le llevan piñones,
castañas y almendras,
que pa más no daban
los tratos que hicieron.

No corras, Manolo.
Sujeta la bestia
que voy que me ahogo.
¿Porqué tanta priesa?
¿A qué correr tanto
si ya estamos cerca?
¿No has visto que guapa
se ha puesta la sierra
con su traje blanco?
Párate pa verla

y deja que un rato
me siente a tu vera.
-¿Subirte en la burra?
¡Pues sí que estás güena!
¿No sabes criatura
que va pa venderla?
Si tú aquí te subes
le dá la flojera
y el valor de un grillo
nos darán por ella.
Conque sigue andando
y estira las piernas,
que si aquí te subes
no podrás moverlas.

Al portal del Niño
los gitanos llegan.
Entran despacito,
como si temieran
despertar a un niño
que duerme la siesta.
San José, ¡güen hombre!
con cara de fiesta
al verlos sonrío.
La Virgen, más seria
al ver los gitanos
algo se recela
y arropa a su niño
con pieles de ovejas.
-No temas, María.
Por Dios, no nos temas
que aunque gitanillos
somos gente güena.
¡Mira, Manolillo!

¿Tú no ves qué prenda?
Parece de nardos
regüertos con fresas.
¡Ay, Manolo mío,
si un divé quisiera
que un churumbelillo
asín yo tuviera!
-Pero quiés callarte
so cacho e chumbera.
Saca ya el regalo,
que está en la talega,
y dale castañas,
y máscale almendras
porque me figuro
que estará sin muelas.
Después el gitano
con cara más seria
que un juez del supremo
dictando sentencia,
al buen San José
seguido le suelta:
-Señor San José:
No lo tome a ofensa
si en estos momentos
le jago una oferta.
¡Le vendo la burra!
¿Qué no le interesa?
¿Usté ha visto burra
quizá más derecha?
¡Mire usté qué planta!
¡Mire usté qué recia!
Por treinta reales
la cosa está jecha.
¿Que no tiene un cuarto?

¡Ni falta que hiciera!
Por ná se la dejo.
Quédese con ella
para que se monte
aquí... su Eminencia.
Más... Señor José:
Pa que yo no pierda
en este tratillo
jecho a la carrera,
deje que besemos
los pies de esta prenda.
Y aquel gitanillo
de piel casi negra,
puso un tierno beso
en la carne fresca
del churumbelillo
que duerme la siesta.
Así que ha besado
va a besarlo ella.
-Gabriela, cuidao:
cuidao con las greñas
que le haces cosquillas
y asín lo despiertas.

Cruzan los gitanos
de nuevo la sierra.
El va sin la burra
con el jato a cuestras
y ella así le dice
con cara risueña:
-¿Contento, Manolo?
¿Contento de veras?
¿No vas cansáillo

subiendo la cuesta?
y dijo el gitano:
-Contento, Gabriela.
Jamás jice un trato
como este que hiciera.

Número 36 - Diciembre de 1953

YA VIENEN LOS REYES

*Con el mayor cariño, dedico este romance a los pequeños
lucentinos que, en su gran noche, la noche de la ilusión,
verán colmados sus deseos al recibir de su Rey Mago,
al par que un brazo, el juguete soñado.*

"Ya vienen los Reyes
por los Arenales"
Por el postiguillo
roto y sin cristales
se escapó la copla
prendida en el aire.
Ya vienen los Reyes,
cantaba la madre,
y aquel chavalillo,
capullo de carne,
se queda dormido
lo mismo que un ángel.
¿Y vendrán los Reyes?
Sí, vendrán, más tarde.
Cuando los caminos
no los cruce nadie
y cubran de sombras
las plazas y calles.
Vendrán, y el Rey Mago

de tez de azabache,
llenará las botas,
las botas del padre
que puso el chiquillo
por ser las más grandes.
La luz de una estrella
ya cruza los valles
rompiendo las sombras
de los olivares,
y el ángel dormido
ya sueña con grandes
caballos cargados
de lanzas y sables,
de roncós tambores;
de trenes y tanques.
Igual que el susurro
del vuelo de un ave,
se sigue escuchando
la voz de la madre:
"Ya vienen los Reyes
por los Arenales"

Número 37 - Enero de 1954

CERRO DE SANTA MARÍA

¡Cerro de Santa María!
¡Ay cerro, cerro callado,
el mejor ramo bordado
del mantón de Andalucía!
Yo admiro tu lozanía,
cuando en las horas tempranas
llega el sol de tus mañanas
acariciando el rocío
que se cuajó con el frío
por la noche en tus besanas.
De ti me llega un rumor,
que el viento coge al pasar,
como si fuera el cantar
de tus olivos en flor.
Y a los cantares de amor,
pues son de amor los cantares,
envuelto con azahares
otro cantar se le junta,
el del gañán que la yunta
lleva por tus olivares.
El gran Dios te dio al nacer
nombre de mujer divina
y un pueblo a tus pies se inclina
como si fueras mujer.
Viéndote al amanecer
con toda tu lozanía
pareces la fantasía
que algún gran genio ha creado.
¡Ay cerro, cerro callado!
¡Cerro de Santa María!

Número 41 - Febrero de 1954

UN CHAVALILLO EN LA ERMITA

somos gente güena.
¡Mira, Manolillo!
¿Tú no ves qué prenda?
Parece de nardos
regüertos con fresas.
¡Ay, Manolo mío,
si un divé quisiera
que un churumbelillo
asín yo tuviera!
-Pero quiés callarte
so cacho e chumbera.
Saca ya el regalo,
que está en la talega,
y dale castañas,
y máscale almendras
porque me figuro
que estará sin muelas.
Después el gitano
con cara más seria
que un juez del supremo
dictando sentencia,
al buen San José
seguido le suelta:
-Señor San José:
No lo tome a ofensa
si en estos momentos
le jago una oferta.
¡Le vendo la burra!
¿Qué no le interesa?
¿Usté ha visto burra
quizá más derecha?
¡Mire usté qué planta!

¡Mire ustedé qué recia!
Por treinta reales
la cosa está jecha.
¿Que no tiene un cuarto?
¡Ni falta que hiciera!
Por ná se la deajo.
Quédese con ella
para que se monte
aquí.. . su Eminencia.
Más... Señor José:
Pa que yo no pierda
en este tratillo
jecho a la carrera,
deje que besemos
los pies de esta prenda.
Y aquel gitanillo
de piel casi negra,
puso un tierno beso
en la carne fresca
del churumbelillo
que duerme la siesta.
Así que ha besado
va a besarlo ella.
-Gabriela, cuidao:
cuidao con las greñas
que le haces cosquillas
y así lo despiertas.

Cruzan los gitanos
de nuevo la sierra.
El va sin la burra
con el jato a cuestras
y ella así le dice

con cara risueña:

-¿Contento, Manolo?

¿Contento de veras?

¿No vas cansáillo
subiendo la cuesta?

y dijo el gitano:

-Contento, Gabriela.

Jamás jice un trato
como este que hiciera.

Sierra de Aras. La Ermita.

Mañana de un Marzo tibio,

La Virgen se pone seria

mientras contempla a un chiquillo.

Éste descalcillo y roto,

por sol y viento curtido,

habla con los ojos bajos

entristecido y mohíno:

-¿Por qué no quieres que juegue
como siempre con tu Niño?

-Cuando ayer llegó a mis brazos
trajo sangre en el vestido,
No quiero que te lo lleves.

¡Déjame con mi cariño!

-Si ayer llegó destrozado,
no fui yo, fueron los chivos
que jugando lo tiraron
sobre una rama de espino.

¡Déjalo que venga y juegue!

-No quiero, déjame al Niño,
que ayer cuando lo trajiste
estaba muerto de frío,

- Yo le haré una candelita
con chaparros y tomillo.

-Déjame que yo caliente
solamente a mi cariño,
-¡Le gusta al chiquillo tanto
venirse a jugar conmigo...!
Tengo que hacerle una choza
con varetas de un olivo
para que duerma la siesta
si se quedara dormido,
-Yo solo quiero que duerma
en mis brazos mi cariño.
-He de enseñarle una jaula
que tengo con cinco grillos.
Jugaremos con las cabras,
iremos a coger nidos,
bajaremos a la fuente,
que tiene un espejo lindo,
y veremos nuestras caras
haciendo muecas y guiños
y perderse y agrandarse
cuando tiremos un chino.
-Sólo quiero que se mire
en mis ojos mi cariño.
-Con palillos de retama
y junqueras del camino,
nos iremos junto al agua
y haremos un remolino
para que el agua lo mueva.
¡Verás lo que nos reímos!
- Ya te he dicho que no quiero
que se vaya mi cariño.
-Entonces... si tú no quieres,
dijo con pena el chiquillo,
al menos me dejarás
que me quede aquí contigo.

La ternura de la Virgen
al fin el hielo ha fundido.
Su sonrisa se entreabre,
como un clavel encendido
y una esperanza florece
sobre el corazón del niño.

Número 45 - Marzo de 1954

ESA CRUZ...

¡Lo ves, hermano, lo ves?
¿Ves ya la muerte en su cara?
¿Lo ves de sudor cubierto
con las espinas clavadas
corona de su martirio?
¿Ves su mano descarnada
derramando bendiciones
en tanto que lo maltratan?
Ya lleva sus pies heridos
y no puede con la carga.
¡La Cruz, hermanos, la Cruz!
Esa es la Cruz que lo mata.
La Cruz que dobla su cuerpo
y que su carne desgarrar.
La Cruz que pone su sombra
en la limpia luz del alba,
y que también se estremece
cuando el buen Jesús la abraza.
Hermano: tú que lo sigues,
tú que sientes su pisada,
dile que nos dé la Cruz
mientras su cuerpo descansa,

porque si la Cruz nos hiere...
es también la que nos salva.

Número 47 - Abril de 1954

BAUTIZO GITANO

¡Gitanos de bronce oscuro!
¡Gitanas de bronce claro!
Dejá la palabrería
que está el churumbé llorando.
Jumillo de aceite frito
se va extendiendo en el campo
y debajito del puente
está llorando un qitano
encueros y arrecíto
mientras se chupa las manos.
-Dale teta, qitanilla.
Dale al churumbé un traqo
pa que vaya bien nutrío
cuando lo jaqan cristiano.
-¡Ay, mi frutero de espuma!
¡Ay, mi varita de nardo!
¡Pero chupa, mardecío,
que me estás jaciendo daño!
Deja, agüela, el aquardiente,
que tú no pues ni probarlo.
Una mardición qitana
se quea corgá de un árbol
mientras la rana murmura
junto a la orilla del charco.
¡Gitanos de bronce oscuro!
¡Gitanas de bronce claro!
Apañá ya los avíos

que está el curita esperando.
En el porvo del camino
se quea durmiendo un carro
y a la vera de un cortijo
salta la sangre de un gallo.
¡Escóndelo, Manoliyo,
pa cuando luego golvamos.
Un mochuelo que lo ha visto
se sube a un poste temblando.
¡Que ya vienen, pare cura!
¡Que 'ya vienen por el llano!
De la sotana del cura
un gato sale rodando.
-Dios le guarde, pare cura.
-Que Dios te guarde, gitano.
El sacristán, escondío,
se está vistiendo de blanco.
-¿Y se va a llamá el niño...?
-Pues se va a llamá Retaco,
lo mesmito que su agüelo
pa que no se pierda el rastro.
El retrato de un Obispo
se quiso salir del marco.
-Pero gitano, por Dios,
si eso no es nombre de santo.
-Pues entonces... Migueliyo...
-Será Miguel, en tal caso.
- Por su salú, pare cura,
eche usté más sá, carambo,
pa que luego tenga labia
en el trajín de los tratos.
Con perfume de aguardiente
salta un timo a flor de labio:
-¿Te la digo, pare cura,

que tienes carita e santo?
El cura se puso verde
ante tamaño descaro
y de cuatro resoplíos
dejó la vela en un cabo.
-Señora, por Dios, señora,
¿usté no tiene reparo?
-Déjala usté, señó cura,
si es que no pué ni probarlo.
En un artá escondío
se troncha de risa un santo.
-Con que dijimos que cinco.
-Dijimos que diez, gitano.
-Por su salú, pare cura,
que no tengo ni tabaco.
Tome usté las cinco plumas...
porque los tratos son tratos.
Ya van camino del puente
los gitanillos cantando.
La chicharra del olivo
lleva el ritmo de un fandango,
mientras se lleva el viento
las finas plumas de un gallo,
algo murmura la rana
en la orillita del charco.

Número 48 - Abril de 1954

LA VIRGEN Y EL MANIJERO

- Dime, dime, manijero,
¿dónde me vas a llevar
sin preguntarme si quiero?

- Mi Virgen, a pasear
y a que luzca tu Lucero.

- Mi Lucero está dormido
y despertará al ruido.

- Verás como no lo advierte.
Lo llevaré tan mecido
que no es fácil que despierte.

- Tú no podrás, manijero.
El fatigoso sendero
te cubrirá de sudor.

- Para llevar a mi flor
tengo músculos de acero.
Y si el agobio viniera
por llevarte, ¡Madre mía!
será tanta mi alegría
que aunque mi carne se hiriera
lo mismo te llevaría.
Yo he de llevarte en mi hombro
tan suave, tan serena...,
que habrá de decir Lucena
con admiración y asombro:
¡Qué bien lleva a su Azucena!

- ¿y si al pasar por la reja
de alguna estrecha calleja
tropezara mi Lucero?

- Siendo yo tu manijero
no tendrás ninguna queja.
A tu Clavel encendido,
yendo como va dormido,

no lo tocarán siquiera.
Y a ti, Flor de primavera,
no rozarán ni el vestido.
-¿Dime por qué, manijero,
me cuidas con tanto amor?
- Porque sí, porque te quiero,
porque siendo tú la Flor
quiero ser su jardinero.
Quiero que tu rostro brille
como la más linda estrella.
Quiero que el Pueblo se humille
y con fervor se arrodille
delante de Flor tan bella.
Y quiero...no sé qué quiero.
Mas sí, lo que más prefiero
es estar siempre contigo.
- Y yo quiero que conmigo
se luzca mi manijero.

Número 49 - Mayo de 1954

ATARDECER

El sol, que tras la nube se escondía
borracho de rodar entre las flores,
fue borrando del suelo los colores
llevándose por fin la luz del día.

El árbol, que a los vientos se mecía
cubriendo aquel nidal de ruiseñores,
cantábale a la luna sus amores
en tanto que la luna se reía.

Un cuadro como aquél de tal belleza,

ni el más grande pintor con su destreza
pintar con sus pinceles no podría.

Solamente el Señor de lo creado
puede ser, que sintiéndose inspirado,
pintara el cuadro aquel de tal valía.

Número 50 - Mayo de 1954

A LOS QUE EN EL CIELO MALAGUEÑO LEVANTARON UN
ALTAR

A vosotros, lucentinos
los que allá junto del mar
levantaron un altar
para el Tesoro divino.

A los que aquí se dejaron
el corazón en la ermita.
Los que a la Virgen bonita
un trono nuevo forjaron.

Los que a la más linda Estrella
dieron por espejo el mar.
Los que la saben amar
sin separarse de Ella.

Aquí, para sus altares,
tenemos flores sencillas.
Vosotros le hacéis mantillas
con la espuma de los mares.

Aquí le canta el pastor,
el romeral y la fuente,

y le canta la corriente
y el pajarillo cantor.

Y allá, bajo vuestro cielo,
le cantan as caracolas
cuando se duermen las olas
al tender la noche el velo.

Y ya los que aquí quedamos
viendo la Estrella lucir,
a los que vimos partir
con el corazón mandamos:

A la Virgencita buena,
una plegaria de amor,
y a vosotros el calor
de un abrazo de Lucena.

Número 52 - Junio de 1954

LAS MANOS DE MI ESPOSA

Dos ramilletes de flores
cuando su más tierna infancia.
Dos capullos de fragancia
de nacarinos fulgores.
Cuando en su pecho entró Dios,
dos magnolias que temblaron.
Dos palomas que volaron
cuando su primer adiós.
Después, de novia vestida,
inclinada ante el altar,
una rama de azahar
de su cintura prendida,

se confunde fácilmente
con su manita hechicera,
pálida como la cera,
tibia como sol de Oriente.
Manos de esposa querida
concedidas por el cielo,
que allanaron con desvelo
el camino de mi vida.
Manos que, cual mariposas,
volaron sobre mi frente
ahuyentando de mi mente
pesadumbres dolorosas.
Manantial de frescura
cuando de fiebre abrasado,
en mi cerebro han posado
con infinita ternura.
Manos que al cielo elevaron
al hijo pensando en Dios.
Manos que lo acariciaron
con el más ferviente amor.
Ellas sirven de consuelo
al rosal de sus amores,
siendo sus mejores flores
los hijos que le dio el cielo.
Manos que ya temblorosas
y por las venas surcadas,
serán flores deshojadas,
pero serán más piadosas.
Perdonarán mis agravios
con la bendición más pura
y derramando dulzura
serán manjar de mis labios.
y olvidando los enojos
que yo en el mundo le hiciera,

ellas cerrarán mis ojos
al llegar mi hora postrera.
en mi cerebro han posado
con infinita ternura.
Manos que al cielo elevaron
al hijo pensando en Dios.
Manos que lo acariciaron
con el más ferviente amor.
Ellas sirven de consuelo
al rosal de sus amores,
siendo sus mejores flores
los hijos que le dio el cielo.
Manos que ya temblorosas
y por las venas surcadas,
serán flores deshojadas,
pero serán más piadosas.
Perdonarán mis agravios
con la bendición más pura
y derramando dulzura
serán manjar de mis labios.
y olvidando los enojos
que yo en el mundo le hiciera,
ellas cerrarán mis ojos
al llegar mi hora postrera.

Número 53 - Junio de 1954

UNA COPLA EN EL CAMINO

¡Cómo se alegra el camino
cuando pasa el arriero!
El eco de sus cantares
va desgarrando el silencio
que entre las sombras reinaba,

por ser las sombras su reino.
Una venta en el camino.
Un postiguito entreabierto
donde asoma una sonrisa,
único clavel de invierno,
y el querer de una mocita
que permanece en acecho.

Los puñalitos del alba
van ahuyentando luceros
que se esconden presurosos
por los rincones del cielo,
y una copla que penetra
por el postigo entreabierto:
"Abre niña la ventana
y asoma tus ojos negros,
que teniendo tanto frío
quiero calentarme en ellos."
La copla sigue rodando
por caminitos estrechos,
hasta que al fin sólo llega.
cabalgando sobre el viento.
el tin tan de aquel piquete
que el burrillo delantero
acompañado movía.
Después, de nuevo el silencio
y un suspiro que se escapa
por el postigo entreabierto.

Número 54 - Junio de 1954

SE LO LLEVÓ LA CORRIENTE

Que te espero, me dijiste.
yo te dije: Volveré.
y tú un juramento hiciste
y yo también ,lo juré.
Estabas sola conmigo
y cruzábamos el puente.
Tú dijiste: de testigo
que nos sirva la corriente.
y en el agua cristalina
y encima de las espumas,
lo firmó una golondrina
con la mejor de sus plumas.
Tú me diste una rosa
Que en tu pecho se mecía.
¡Ya ves tú que poca cosa
me diste en garantía!
Yo un Suspiro te dejé
que se me escapó al mirarte.
También poca cosa fue
pero más no pude darte.
Y yo emprendí mi camino
y tú te fuiste llorando;
yo a cumplir con mi destino
y tú a seguirme esperando.
Mas cuando al cabo de un año
volví buscando lo mío,
me recibió un desengaño
y el saetazo de un desvío.
¿Que cómo fue? Muy sencillo:
Cuando penetré en tu calle
hasta los mismos chiquillos
quisieron darme detalles.

Y charlaban las vecinas.
Y murmuraban los hombres.
Y hasta en algunas esquinas
pronunciaron nuestros nombres.
Y yo, sin perder mi paso,
pensando en ti solamente,
pasé sin hacerle caso
a la charla de la gente.
¡Pero Qué razón tenía
la gente que murmuraba!
Yo vi que en tu reja había
quien de mí te separaba
y en los pliegues de mi faja,
ante tu maldad y afrenta,
sentí gruñir mi navaja.
tal vez de sangre sedienta.
Mas pensándolo mejor,
¡No vale la pena! dije.
y no provoqué al traidor
ni tampoco te maldije.
Volví a cruzar por el puente.
Vi la golondrina sola
que tiraba a la corriente
las plumitas de su cola,
y yo la rosa saqué,
que me diste en mal momento,
y en el agua la tiré
igual que tu juramento.
y ya una vez que aquel río
todo aquello se llevara
en vez de llorar sonrío
cuando te miro a la cara.

Número 56 - Junio de 1954

CADA UNO CUENTA LA FERIA...

¿Por qué me habré yo venío
y dejao sola mi güerta?
¡Por ná! Porque se empeñó
toíta mi parentela
y que tira y aflojando...
¡que me los traje a la feria!
Ahora tengo el compromiso
de escribirle a la carrera
a mi amigo, el señó Juan,
que dijo que le escribiera
y le dijera en un verso '
tó lo mejor de la feria.
¡Pero mi señó don Juan...!
¿Yo soy el Pastor Poeta?
Pero en fin, vamos al toro
y salga lo que Dios quiera.
Pues sabrá, amigo don Juan,
que sí, que estuve en la feria
y que estoy medio esrengao
también quiero Que lo sepa.
Pero vamos al principio.
pa que salga bien la cuenta.
Lo primero fue el capricho;
que tuvo la mi parienta,
en que me pusiera un traje,
que yo tengo de chaqueta,
y engarrotarme el pescuezo
con una corbata nueva.
Mire usted que yo le dije...:
¿Pero tú no ves, Manuela,
que yo no pueo respirar
cuando me pongo estas prendas?

¿Y pa qué se lo diría?
Se puso jecha una fiera
y que quieras o que no...
pues que se salió con ella.
Cuando al fin me vi en la calle,
con toa mi parentela,
además de nueve hijos,
el más chico con niñera,
se me peqaron tres primos
y siete primas solteras.
¡Y menos mal que no quiso
venirse también la suegra!
Y cuando en la calle el Peso
iba con media ronquera
de dar voces a los niños
pa que jugaran por la acera,
sentimos un revoleo,
como si fuera tormenta,
y empezó toíta la gente
a colarse por las puertas,
Que yo me dije: ¡Repuño!
¿qué viene que tanto suena?
Y como tós nos queamos
allí con la boca abierta,
se echó encima un bicharraco,
gruñendo más que una perra
y lo mismo que un chanquete
puso a la familia entera
con un traste que llevaba
que paecía una regaera.
Las siete primas chillaron.
Se desmayó la Manuela.
Los niños jicieron palmas,
pensando que era una fiesta,

y yo que estaba mirando
una cocinera tuerta,
al sentir la moja
me quedé jecho una pieza
y me tragué la colilla
de un cigarro de cosecha.
¡Y vaya cachondeíto
que se armó por nuestra cuenta!
Hasta un niñaco malage,
que pasaba en bicicleta,
me dijo con mucha guasa:
¡Qué pasa, amigo! ¿Está fresca?
No quise ni contestarle
por no enrear la maeja.
Cuando al fin se nos pasó
un poquillo la sorpresa,
jechos tós un remolino
nos colamos en la feria.
¡Y aquí fueron las fatigas...
y aquí empezaron las penas!
Como había tanta gente
subiendo las escaleras
que dan entrada al paseo,
y que resultan estrechas,
a un chico me lo treparon,
a una prima la despeinan.
A la mujer, de un porrazo
le rompieron tres ballenas
y yo, que vi los apuros
que pasaba la niñera,
tuve que coger en brazos
al más chiquito de teta
porque con el rebullicio
iban a jacerlo yesca.

¡Pues ya estamos disfrutando!
le dije yo a la parienta.
y me largó una mirá
que por poco me atraviesa.
Después, por verme más libre
de tanta gente a mi vera,
a la mayor de las primas,
que yo la encontré más seria.
le largué por lo bajini
un güen puñao de pesetas
pa que llevara a los niños
a subirlos donde juera.
Cuando nos queamos solos
se le ocurrió a la parienta
el sentamos un ratillo
porque le dolían las piernas.
¡Y qué güén sitio pillamos!
Mú cerca de la caseta
y teniendo frente a frente
tó lo mejor de la feria.
Yo pedí un vaso de vino
y pa mi mujer cerveza.
¡Qué cosas vimos, don Juan,
allí sentaos en la mesa!
En la caseta de al lao
que paecía una colmena
de tanta gente que habia,
comenzó a tocar la orquesta.
Uno tocaba el tambor
el bombo y la pandereta.
Otro se aqarró al violín.
Otro cogió una trompeta
Y poniéndose empinao
comenzó a tocar falsetas.

Otro apañó una guitarra,
Que paecía una furgoneta,
y otro con dos calabazas,
no sé de qué estaban llenas,
comenzó a espantá mosquitos
con tantas ganas y apriesa,
¡Que tengo yo que ajustarlo
pa cuando duerma la siesta!
Pues no le quiero decir
cuando en mitá la caseta
se pusieron a bailá
tanta gentsílla nueva.
Por lo menos cien muchachas
se juntaron para muestra.
¡Y pa qué le voy a contá
lo que ví en la carretera!
Pasaban los matrimonios,
ésto sí que daba pena,
Que iba el pobre del mario
con los niños dando güertas,
llevando dos de la mano
y el más chiquitillo a cuestas,
en tanto que la costilla,
más pujá que una ballena,
iba atrás comiendo polos
tan gustosa y tan compuesta.
Se vieron pasar los autos,
con más gente de la cuenta,
donde iban unas niñas
presumiendo en la lantera
como diciendo: ¡Aquí voy!
Soy la reina de la fiesta.
¿Y los coches de caballos?
¡Eso si que es cosa güena!

Un gachó más estirao
que un padrino con chistera,
en una mano la tralla,
en otra mano la rienda,
el sombrero encasquetao
por si el viento se lo lleva;
y luego dando más voces
que un maestro da en la escuela:
¿Y por qué dan tantos gritos
así de aquella manera?
¿Pa que se aparte la gente?
¡Pues que apañe una trompeta!
Totá, mi señó don Juan:
Que a las diez o diez y media
al frente de la primita
¡Eso si que es cosa güena!
Un gachó más estirao
que un padrino con chistera,
en una mano la tralla,
en otra mano la rienda,
el sombrero encasquetao
por si el viento se lo lleva;
y luego dando más voces
que un maestro da en la escuela:
¿Y por qué dan tantos gritos
así de aquella manera?
¿Pa que se aparte la gente?
¡Pues que apañe una trompeta!
Totá, mi señó don Juan:
Que a las diez o diez y media
al frente de la prímita
reqresó la patulea.
Me levanté haciendo palmas.
Nos pusimos tós en ruela.

Se presentó el camarero.
¿Cuánto debo? -Diez cincuenta.
¡Pero niño!: ¿Qué ha pasado?
¿Es que se ha volcao la mesa?
¿Me he queao con el traspaso?
¿Se ha puesto mala tu suegra?
y en medio la discusión,
un niño que había a mi izquierda,
que estaba soplando un globo,
lo soplaría con tal fuerza,
que aquello peqó un berrío
que por poquito lo trepa.
¡Y no le diqo a usté ná,
la que se lió a mi vera!
El padre de aquel chiquillo,
que estaba echando cerveza,
del salto que vino a dar
cayó encima de la orquesta.
Se asombraron tres caballos.
Se quemó una buñolera.
Una señora que había
chupando un helao de fresa,
doloría por el reuma
y más lisa que una estera,
rompió un palo de la silla
y se cayó dando trechas.
Pero lo malo y peor
que ocurrió en esta tragedia,
fue que dos ciegos que había,
tocando con gafas negras,
al sentir el estampío
emprendieron tal Carrera,
que fueron tirando sillas,
mesas, vasos y botellas,

hasta que ya pa remate
por causa de su ceguera,
pusieron patas arriba
a una pobre avellanera.
Mire usted, señó don Juan,
aquello paecía la guerra.
Yo le empujé a la familia,
fui tirando de Manuela,
y en menos que salta un grillo
los puse en la carretera.
Una vez en campo libre
me puse a ajustar la cuenta
pa ver si faltaba alguno.
¡Pero aquello daba pena!
Los chiquillos destrozaos.
El moño suelto, Manuela.
Una prima sin tacón
otra con la lengua fuera.
El chupete del chiquito
que llevábamos de teta,
en vez de chuparlo él
lo chupaba la niñera.
y pa colmo de mis males,
aquella corbata nueva
que se empeñó la costilla
en que yo me la pusiera,
la llevaba cierta prima
sujetándose las medias.
y aquí. termino el relato
de tó lo que ví en la feria.
Si el año que viene vivo,
pué ser que a la feria venga,
pero si vengo es yo solo
sin corbata y sin chaqueta.

y también si tengo tiempo,
y salimos bien de ésta,
de lo que ví en la corría
se lo diré en cuatro letras.
Que usted se conserve güeno
es lo mejor que desea,
este amigo que lo es:
Nicasio Primo Contreras.
Número 61 - Septiembre de 1954

EN LA CRUZ DE LA BARRERA...

Fantasía

En la Cruz de la Barrera,
aquella Cruz centenaria
que al susurro de la fuente
permanece adormilada,
yo esperaba cierta noche
sin saber lo que esperaba.
Cerró la noche sus puertas
con cortinones de gasa
y voló mi fantasía
por caminos que ignoraba.
La noche puso en el cielo
un ramo de nubes blancas
y las estrellas corrían
cuando a la rueda jugaban.
Sentí suspirar la rosa,
de un clavel enamorada,
mientras él dábale celos
con un capullo de dalias.
La noche cantó un fandango
cuando sintió la guitarra

y en el cielo los luceros
la jaleaban con palmas.
"Ana María tu novio..."
¡Qué bien la copla sonaba
envuelta con los perfumes
de las macetas de albahaca!
Rajó la luna a la fuente,
por refrescarse la cara,
y la Cruz pintó en el suelo
su figura descarnada.
Cuando se marchó la luna
empezó a reírse el agua,
porque la luna, impaciente,
de que no la viese el Alba,
se dejó junto a los caños
sus pulseritas de plata.
En un rincón de la noche
ví reflejarse su cara.
Los puñales de tus ojos
se clavaron en mi alma
y sentí el escalofrío
del aire de tus pestañas.
Después llegó sobre el viento
el rumor de una campana.
Descansó la Cruz sus brazos.
Dejó de reírse el agua.
Se perdieron las estrellas
cuando calló la guitarra,
y pensando y más pensando
si es que acaso yo soñaba
en la Cruz de la Barrera
vino a sorprenderme el Alba.

Número 63 - Septiembre de 1954

A SIMONA

Te fuiste Simona.
Te fuiste en secreto.
Con las zapatillas
de paño de invierno,
por la puerta falsa
te fuiste en silencio.
¡Qué solo me dejas!
¡Qué mal pensamiento
fue el tuyo al dejarme
tan triste y enfermo!
¿Por qué no dejaste,
siquiera en recuerdo,
los cuarenta duros
y el par de cubiertos?
Ya sin ti mis males
no tienen remedio.
Sin ti por la vida
si avanzo tropiezo.
Me falta tu risa.
Tu risa y tu acento,
que cuando reías,
sin pensarlo tiemblo,
rumor de tormenta
rodaba en el viento.
Me faltan tus labios,
tan firmes, tan recios,
con gusto a cebolla,
que al darme sus besos
quedábame mudo
y a veces suspenso.
¿Qué fue de tus labios?
¿Qué fue de tu pelo,

aquel tu pelillo
entrecano y crespo
que en tus chivarrillas
quedaba tan tieso?...
¿Qué fue de tus ojos
bizquillo el izquierdo,
con sus legañitas
de color incierto?
¡Ay tu pelo lindo!
¡Ay tus labios recios!
¡Ay de tus ojazos
de nubes cubiertos!
Anoche en la puerta
quedéme durmiendo.
Soñé que en tus brazos
me estabas meciendo.
Me dabas besitos
tan tiernos, tan tiernos...
que a veces dudaba
que fueran tus besos.
Soñé muchas cosas
que ya no me acuerdo.
Mas al despertarme,
por culpa de un perro,
en vez de tus brazos
vi solo al sereno
con cara de asombro
mirándome atento.
De noche en la cama
me duelen los huesos.
¡Qué cama tan dura!
¡Qué fríos los hierros!
Para calentarme
las noches de invierno,

me llevo a la gata
y la meto dentro.
Si de madrugada
me muerde el pescuezo,
que estás a mi lado
hay veces que pienso.
Los tres calcetines
que allá en el ropero
me encontré sudosos,
me traen tu recuerdo.
¡Qué bien se conoce
que fueron tus dedos
los que colocaron
tan firmes remiendos!
Cuando en la cocina
a ratos me meto,
entonces, mi vida,
paso lo más negro.
Si frío sardinas,
seguro las quemo
y falta tocino
si pongo un puchero.
¡Tú sí que guisabas!
¡Qué bien lo recuerdo!
¿Te acuerdas el día
que traje un conejo
y en vez de pimienta
le echaste cemento?
¡Qué fuertes dolores
sentimos por dentro!
Miro tu retrato,
el de medio cuerpo
y entonces, chiquilla,
no querrás creerlo,

pero me entran ganas
de echarte un requiebro.
¡Qué carne la tuya!
¡Qué esbeltez de pecho!
¡Qué noventa kilos!
¡Qué curvas, qué cuerpo!
Todo lo he perdido
y por más que pienso
no sé por qué hiciste
ponerme así al fresco.
Adiós, pichoncilla.
Adiós, mi tormento.
Adiós para siempre.
Adiós que no puedo
decir más palabras
si no tomo aliento.

Número 64 - Octubre de 1954

EL CIEGUECITO DEL VALLE

La campanita del Valle
se alegra con la mañana
y en tanto las golondrinas,
alcahuetillas del alba,
llaman a los viejecitos
con su trino en las ventanas,
un rayo de sol naciente
llega besando las plantas
de un Jesús que abre su pecho
para que alberguen las almas.
¡Ay madrecitas del Valle!
¡Ay monjitas enlutadas!
¿Dónde está aquel ciegucecito

que no ve la luz del alba?
El ciegucecito es Antonio.
"Capachitas" lo llamaban.
Por un corredor sombrío
ya se escuchan sus pisadas.
Un ramo de melodías
lleva escondido en el alma
para dárselo a la Virgen
a la luz de la alborada.
¡Virgen bonita del Valle!:
Cuando llegue hasta tus plantas
ve recogiendo las notas
que tembloroso desgrana.
Cada nota es un suspiro.
Un lamento que se escapa.
Y es quizás una oración
o tal vez una plegaria.
Antonio, el Antonio aquél
que en los años de mi infancia
escuché por las esquinas.
El que las calles cruzaba
con su viejo acordeón.
El de sin luz su mirada
envuelto siempre en las sombras
cual noche que nunca acaba.
¡Ay madrecitas del Valle!
Cuando suene la campana
saludando el nuevo día,
llevad al ciego a las plantas
de aquella Virgen bonita,
y que a las luces del alba
le entregue las melodías
que van brotando en su alma.
Dejadlo que allí la obsequie

con las notas que desgrana,
que tal vez cierre el obsequio
con el broche de una lágrima.

Número 66 - Octubre de 1954

CUNA VACÍA

...Y vio la cuna vacía
en medio del aposento
mudo testigo del drama.
Ni una queja, ni un lamento
de su garganta brotó.
Sólo las fibras de acero
de su mano endurecida
al dolor se contrajeron.
La madre, por ser la madre,
llorando estaba en silencio.
Aún conserva la cunita
algo del calor del cuerpo
de aquél que se fue jugando
por los caminos del cielo.
Aún flota el olor de cera
de los cirios que estuvieron
ardiendo toda la noche
al lado del niño muerto.
Aún se sienten los murmullos
de los vecinos que fueron
tras la cajita alumbrando.
Todo, al fin, se fue perdiendo
quedando sólo los padres
cobijándose en su duelo.
Él, la mirada perdida
en algo que está muy lejos.

Ella cubriendo sus ojos
con el húmedo pañuelo.
-Vamos, mujer, y no llores.
¡Si ya no tiene remedio!
Mira como yo no lloro.
Mira mis ojos...qué secos.
- Pero sí, sí que lloraba,
aunque lloraba por dentro.
Bien claro que lo decían
aquellos crispados dedos
que a través de la camisa
se clavaban en su pecho.
¡Fue muy dura aquella prueba
que Dios quiso someterlo!
¡El único que tenía!
¡Una prenda de lucero
que alborotaba la casa
con sus risas y su juego!
¿Y por qué se lo llevaron?
¡Qué solo en el Cementerio
iba a estar el angelito!
El que siempre tuvo miedo
cuando su madre dejaba
en sombras el aposento...
Y ya que se lo llevaron...
¿Quién se lo dirá al abuelo?
¿Quién llevará la noticia
de que se murió su nieto?
¡Ellos que tanto jugaban...!
¡Ellos que tanto rieron
que a veces no se sabía
quién de los dos era el viejo!
-¡Pero si no puede ser!
¡Si no es posible creerlo!

- Fueron tan pocos los días
que estuvo su nieto enfermo...
Abrazados los esposos
el sueño los fue rindiendo
mientras que, caritativa,
la noche los fue cubriendo
con negro manto de luto.
En el cielo un ángel nuevo,
tal vez el más revoltoso,
les estaba sonriendo.

Número 67 - Noviembre de 1954

DIOS LA QUISO PARA ÉL

No Querías, Señor, Tú no Querías
que la rosa cuajara aquí en el suelo,
y entonces la llamaste desde el cielo
cuando apenas la rosa se entreabría.

La flor, que aquí en la tierra se lucía
cuidada con amor y con desvelo,
al eco de Tu voz alzó su vuelo
y fuese hacia la voz que la atraía.

Ya no suena su risa de cristal
cuando el alba de rosa se reviste.
Ya no aroma la rosa en el rosal.

No quisiste, Señor, Tú no quisiste
quedarte sin la flor angelical
desde el momento mismo en que la viste.

Número 73 - Enero de 1955